

giado Marco Tulio, privilegiado Catón de Utica, privilegiado Bruto, privilegiados todos cuantos mantienen la causa de Roma contra la causa de César; pero ¡ah! que representan y personifican la libertad, y por eso los nombres suyos brillan como estrellas de primera magnitud en los cielos del pensamiento y del arte. Cuando César vió esta resistencia invencible, apercibióse desde las Galias cisalpinas á contrastarla y á vencerla con sus legiones victoriosas que habían dado á Roma un mundo. Pero ¿cómo entrar en el territorio romano con tropas, y tropas extranjeras, cuando lo prohibían todas las leyes y lo condenaban todos los augurios? En el Rubicón la tierra extraña concluía, y allende tal torrente comenzaba la tierra sacrátisima, inaccesible á las legiones. Para llegar en armas á tal santuario, él, pontífice máximo, debía desacatar los dioses patrios; él, nieto de Venus, desconocer la inviolabilidad secular de aquel territorio ungido por la sombra de Lavinia; él, patricio romano, violar á Roma. ¡Cuántos recuerdos gloriosos, númenes benditos, dogmas antiguos, divinidades respetadas, no le detenían al otro lado, en su temor de revelar la vanidad de todos esos prestigios, al modo que teme un sacerdote idólatra, desengañado é incrédulo, revelar la materialidad grosera de su ídolo! Así, la noche antes creyó soñar que violaba el cuitado á su propia madre. Pero, con esto, sintió el escalofrío último comunicado por la vieja superstición histórica, y atravesó el Rubicón audazmente, demostrando en este desprecio de un arúspice á los viejos auspicios, cómo no expiraba solamente la vieja Roma, expiraba también la vieja religión. Sus enemigos se corrieron á Grecia. Pompeyo dudó entre ir á esta península ó ir á la península española. Pero, al fin, dejó España en manos de sus tenientes Afranio y Petreyo. César de una ojeada comprendió la situación militar con la clara evidencia del genio, y se propuso conjurarla con la prontitud innata en su firme y resulta voluntad. Afranio y Petreyo le amenazaban desde Lérida, y su colega en el triunvirato le amenazaba desde Dirraquio. Pues decidió ir primero á Lérida, y á Dirraquio después. Venzamos un ejército sin general, exclamó; luego vencemos un general sin ejército. En efecto, llegó á Lérida, vió el enemigo y lo venció. Desde allí se dirigió á Grecia. Y en Grecia estaban todos los optimates de Roma defendiendo bajo las enseñas de Pompeyo todas las viejas instituciones y todas las sacras libertades. Y estando los optimates, no hay para qué decir como estaba en persona Bruto. Y estando Bruto, no hay para qué decir como estaba con Bruto el ideal y el genio de los antiguos patricios. Estos y los caballeros no podían creer de modo ninguno en su derrota. Representando la santa Ciudad, los antiguos dogmas, los seculares principios, institución tan alta como el Senado, numen tan vivo como el numen de la libertad, no podían creer los patricios y los caballeros en su rota y ruina. Confiaban á una en que los dioses desbaratarían á los innovadores y estarían por la tradición y por la fe. Cicerón era el único descorazonado. Su pensamiento estaba con Pompeyo; su corazón estaba con César. El general republicano tenía la misma estúpida confianza en su estrella y en su fortuna y en su pres-

tigio, que le habían cegado desde los comienzos de aquella discordia. Cuando César estaba en visperas del Rubicón, decía Pompeyo que con dar un puntapié á la tierra le brotarían á su causa espontáneamente soldados; y cuando César estaba en visperas de Farsalia, Pompeyo creyó más que nunca en la victoria de sus propias huestes.

César no tenía consigo todas sus legiones; faltábanle dos, destacadas á Etolia y otras dos esparcidas por Iliria. El hambre cruel enflaqueció á los suyos, como ya hemos dicho, mientras reinaba en los campos opuestos la mayor abundancia. Era el 9 de Agosto, año 706 de la fundación, que Roma se computaba en sus calendarios y en sus fastos á sí misma. Los nombres inmortales de las antiguas letras helénicas rebrotan ahora de nuevo. Oyese hablar del Pireo y del Olimpo. Los lugares donde se libra una guerra civil romana presenciaron dos siglos antes la conquista del Asia. Con razón el sublime y enérgico poeta de la república, en su epopeya de Farsalia, viendo águilas romanas frente á águilas romanas, las enseñas patrias frente á las enseñas patrias, maldice una edad que mide por las fuerzas los derechos, y conjura los dos ejércitos á que vayan contra el enemigo común, seguros de que podrían ambos á dos con su pujanza, convertida en honor y en pro del pueblo romano y de sus hogares, vengar la muerte de Craso y extender sus conquistas desde los hielos de Polo hasta las abrasadoras arenas donde brota el Nilo. Pero las gerras civiles privaban más entonces que la conquista del mundo, y Pompeyo sólo se acordaba de acabar con César y César con Pompeyo. A las orillas del Eritreo tendíanse las dos líneas de batalla y los dos enormes contendientes. Pompeyo reservaba su infantería, teniéndola con cuidado á la defensiva, seguro de que sus numerosos y ágiles y disciplinados jinetes, expedidos contra los escuadrones opuestos, muy débiles de suyo y muy torpemente sumados, traeríanle los comienzos de una definitiva y suprema victoria. Bien habían menester las legiones pompeyanas de á pie una fuerte resistencia, porque César las atacó rabioso, conmoviéndolas profundamente. Heroico y corto el encuentro; mas previsto por César que sus jinetes no podrían por largo espacio sostenerlo, colocólos, cual una especie de fortaleza humana, encubriéndolos y ocultándolos con arte, á fin de que llegaran hasta ellos los enemigos y en ellos fácilmente se rompiesen y estrellasen. Sucedió como lo había previsto. La caballería pompeyana, lo mejor del ejército aquel, se rompe contra tal escollo. Y al verla volver grupas, cuando todo se libraba en su heroísmo, un comienzo de pánico sacude los nervios de todos los legionarios republicanos. Los flecheros cretenses quedaron rotos. Las líneas terceras de ombate, que había reservado, entran de refresco, y caen sobre sus contrarios con ímpetu, aplastándolos bajo su inmensa pesadumbre. Como todo el plan de Pompeyo consistiera en romper el centro del ejército cesariano con su caballería superior y envolver las dos alas en el inmenso número de su infantería, dió la batalla por definitivamente perdida, se retiró á su tienda y se negó á proseguir aquella lucha, en la cual no había ni siquiera entrado el grueso de ambos ejércitos. Una reacción

sobre sí mismo, un aliento dado á los suyos con la palabra ó con el gesto, la resolución de morir mostrada en aquel instante, un arrojo que le hubiera lanzado en medio de las huestes dispersas para reanimarlas y rehacerlas, acaso lo salvara todo y hundiera en el polvo la fortuna y la insolencia del contrario. Pero acostumbrado Pompeyo á que la victoria le uscase á él y no él á la victoria, como le sucediera ya otra vez en sus luchas con Sertorio, en cuanto vió sus legiones repasar el Eritreo, arrojó las pesadas insignias de mando, y pidiendo un caballo en reposo, montóle, hundióle con furor los talones en el vientre, y corrió á orillas del mar, donde, requerida velera nave, huyóse á Lesbos, y de Lesbos al Asia, y del Asia tristemente al Egipto, cuyos reyes y magnates, que le debieran tanta protección, temerosos de una hospitalidad nefasta le descabezaron sin piedad y ofrecieron la cabeza, que fuera un tiempo también cabeza del mundo, al afortunado vencedor. Los soldados cesaristas no habían solamente roto al ejército republicano; lo habían por completo destruído en el más vergonzoso aniquilamiento. Veinte mil entregaron las armas; quince mil cayeron muertos en la pelea. De las once águilas que llevaba el enemigo, nueve ¡ah! volvieron á sus legiones. El milite simple y raso entró en el ejército cesarista; el de alguna mejor condición sufrió multas crecidas y confiscaciones violentas; los caballeros y los patricios, en su mayor parte, fueron condenados á muerte. He ahí la batalla de Farsalia.

El mundo mostró una vez más en esta ocasión suprema su bajeza y su miseria. Todas las gentes enemigas del vencedor cayeron á sus pies desplomadas y se los besaron. Pompeyo, que había deslumbrado al Oriente con sus correrías y tenídole por vasallo, no logró después de su derrota ni un aliado, ni un amigo en todas aquellas vastas regiones. Desde la mercantil Fenicia y el Egipto y el Asia Menor, hasta las más ilustres ciudades griegas, como Rodas y Atenas, llegaron en tropel á los harenes del victorioso y maldijeron al vencido. El Bósforo, deudor al general republicano de innumerables franquicias, desertó de la debida gratitud, sin acordarse cómo desertaba de la honra. Entre tantos pueblos y entre tantos Reyes, Numidia y Juba se distinguieron solamente por su fidelidad, y eso por el miedo natural á no encontrar perdón, ceñidos como estaban á su causa con ligaduras indisolubles. Si así procedieron los pueblos, imagináos cómo procederían primero los partidos y después los individuos. El partido constitucional, si no creyó que se hallaba el derecho donde se hallaba el triunfo, fué de una cobardía sin ejemplo. Casi entregó la escuadra del Ponto Eusino, que hubiera quizás batallado todavía con gloria y con fortuna en pro de Pompeyo. Cicerón se partió á Brindis para volver á Italia, no sin expresar que había seguido las banderas de Pompeyo en cumplimiento del deber y sin confianza ninguna en su valor y en su mérito. Deudor, como ya sabemos, de César, que le prestara gruesas sumas, apercibióse á pedirle perdón por sus culpas políticas y prórrogas á sus pagos urgentes. ¡Triste, muy triste ver al representante de las antiguas instituciones, al orador

excelso de la tribuna más ilustre que había entonces en el mundo, al representante de la idea jurídica y de la libertad parlamentaria, deudoras las dos de mucho lustre á su inspirada elocuencia, rendirse como el soldado último de Farsalia, y arrastrar por los suelos su historia en cartas escritas en estilo que debían cien generaciones aprender, y congraciarse vilmente con el poder y la fortuna, como si en tanta gloria y en tanta grandeza no hubiera una alma, ó en esa grande alma no hubiese amor á la gloria y á la inmortalidad! Pero lo más extraño y maravilloso de todo fué la increíble conformidad y resignación del severísimo republicano Bruto. César encargó á sus gentes, por auténtica recomendación de Servilia, que requirieran dónde se hallaba y lo llevaran sano y salvo á su presencia. Obedecieron los agentes de César con aquella fidelidad habitual á su persona y á sus órdenes. El odio se detuvo en presencia de un hombre que tanto lo merecía por su repulsión á las innovaciones y por su fidelidad á la república. Mientras varios compañeros suyos caían segados por la espada exterminadora de aquellos vencedores, á quienes emborrachaba la cólera, él recibía homenajes y respetos múltiples, como si en vez de hallarse con los vencidos se hallara con los vencedores. César le recibió con agasajo y hasta le recompensó con elevadísimo puesto para que pudiese consolarse un tanto del eclipse, mejor dicho, del ocaso en que cayera la romana libertad. Por de pronto pudo creerse completamente apagado sobre las aras de Roma. Vesta sacratísima, el fuego perenne de los antiguos ideales. Aquel Junio Bruto que sacrificara sus hijos en aras de la libertad; aquel Mucio Escévola que se maldijera y se castigara furioso é implacable por haber marrado un golpe suyo á la tiranía, el austero censor, el honrado Camilo, el íntegro Cincinato, los héroes y los mártires del temple de aquellos hijos que dieran á Roma las entrañas fecundísimas de Veturia y de Cornelia, parecían todos atados, sin excepción de uno solo, al carro del vencedor. Y así venció la monarquía romana.

El imperio se funda tras la muerte de Cleopatra. Su fundación definitiva precede á la natividad de Cristo en unos setenta años. Octavio, mientras Antonio viviera, fué triunviro; después de muerto Antonio, fué César. El poder compartido con otros dos estadistas queda en sus manos. Al llegar aquí tenemos que guiarnos de Tácito. Este historiador profundísimo nos entrega la clave del enigma de cómo ha perecido la República y cómo ha llegado el imperio. Pues la república romana pereció cual antes que ella pereciera la república griega y después que ella pereciera la república francesa. Elido la república española. Pereció la república helena, porque las ciudades griegas divididas en guerras perpetuas entre sí, no acertaron á robustecer aquella institución anfictiónica, destinada por sus progenitores á darles cohesión y armonía, destrozándose unas á otras las ciudades republicanas en guerras fratricidas como la guerra de Peloponeso. Pereció la república francesa, porque los republicanos de Francia se devoraron unos á otros, cayendo todos en la voracidad del terror. La república romana cayó porque desaparecieron los republicanos, con-

sumidos en las guerras civiles. Pero dejemos hablar á Tácito. El poder público pasó de Craso y Pompeyo á César en el primer triunvirato; de Lépido y Antonio, á Octavio, en el segundo. Aprovechando éste la fatiga, generada por el cansancio de las discordias civiles, con la denominación de príncipe se alzó al imperio. Muertos Bruto y Casio en Sicilia: roto Sexto Pompeyo, Lépido embalecido, Antonio suicida, disueltas las agrupaciones republicanas, faltó de partidarios hasta el mismo César por no haberlos en Roma para nadie, la ciudad sólo podía tener por jefe á Octavio, quien desciñéndose del dictado de triunviro, llamóse cónsul, á cuya dignidad sumó el tribunado, socolor de proteger al pueblo; y ganados los milites con grados, la plebe con trigo, la nobleza y demás órdenes sociales con la paz pública y sus dulzuras, recogió el dictador en su puño todas las leyes, atrajo á su persona todos los poderes sin que le resistieran, pues inmolados y concluidos los más viejos republicanos en los combates por la libertad y en las proscripciones de la tiranía, el resto de los sobrevivientes, al ver pagadas las serviles complacencias con riquezas y honores, prefirieron su propia seguridad á los antiguos peligros y aceptaron lo establecido como trueque natural de lo ya olvidado. Las guerras civiles y la extinción de los republicanos: he ahí explicada la victoria definitiva del Imperio. En esta situación de la sociedad una palabra tenía verdadera virtud, la palabra paz. Alejandro y Napoleón dieron á Grecia y á Francia la paz interior con la guerra extraña. Mas Octavio dió á Roma la paz interior y exterior. Por consiguiente, Octavio dominó, cual antes dominaron Filipo y Alejandro, cual después dominó Bonaparte. Para esto precisa ver cómo Virgilio representa la poesía del Imperio, no por Eneas, y por su *Eneida*, obra de cortesana educación, por sus églogas y por sus bucólicas. El campo lleno de crasas espigas, el cielo sembrado de luminosas estrellas, los corderos vestidos de sedosos vellones, las tetas ubérrimas de las vacas llenando los campestres odres de blanca leche, las aves faustas que anuncian con sus nidos y con sus gorgeos el amor y el cántico de la primavera, la florecencia y la fructificación, la siembra y la vendimia, el estío que todo lo madura y el otoño en que todo se cosecha, inspirenle versos tan armoniosos como el susurro de los arroyos, como el zumbido de las abejas, como el cantar de los ruiseñores, versos á cuyas cadencias el sueño de la servidumbre busca las compensaciones del campo, en que Roma so las hayas y sobre las hiervas, olvidase por completo de sí misma, cual si, olvidándose, pudiera olvidar tan sólo su antigua y gloriosa libertad. El hijo de Lépido, que intentó una rebelión contra Octavio en ausencia de éste, vióse vencido y roto, más que por la diligencia de los dos diestros sustitutos del dictador, Agripa y Mecenas, gobernantes á la sazón, por las repulsiones de Roma y sus míseros ciudadanos á todo movimiento incompatible con su inercia servil. Dos años prolongó su ausencia Octavio, á fin de que honores y poderes á su persona reservado por el destino fatal, parecieran, más que conquista de sus ejércitos, concesión de los romanos, pues tanta majestad tenía en su tarde última y en su postrer ocaso la muerta y enterrada República.

Las adulaciones de aquellos voluntarios esclavos iban á buscarle muy lejos, necesitadísimo de amo. El Senado le permitió llevar á la continua el traje de triunfador, corona de laurel y manto de púrpura, indicativos, no ya del triunfo sobre los extranjeros, del triunfo sobre los romanos. Una fiesta quinquenal, semejante en todo á las fiestas religiosas, fundóse por aquel entonces en honor de su nombre, y hubo Reyes, como Herodes, capaces de celebrarla en sitio tan ageno á toda idolatría, cual Jerusalén y su montaña de Sión. La natividad del dictador se puso al igual de las natividades divinas, celebradas con tantos regocijos en los templos. El día en que llegó á Roma la noticia del triunfo de Accio, quedó en los calendarios romanos como día fausto. Decretóse que á su vuelta, Senado, pueblo, sacerdocio, vestales, se organizaran en solemne procesión á recibirlo. Su nombre resonó en las preces litúrgicas. Aunque las guerras exteriores de Octavio habíanse reducido á meras correrías militares, declarándole vencedor de dálmatas y gépidas, de germanos y suevos, del mar Caspio y del monte Cáucaso, del Araxo, indócil, como decía Virgilio en sus adulaciones, á todo puente. No hay para qué añadir las ceremonias con que los romanos solemnizarían su triste servidumbre. Ya que no pudo llevar consigo á Cleopatra en persona, llevó su efigie ó simulacro, é hizo que los magistrados, en confusión ignominiosa con la gente pretoriana, tiraran del carro donde iba representada la muerta Reina. Cien templos antiguos se restauraron con esta ocasión y se pusieron bajo las advocaciones de viejas divinidades romanas. En la basilica de Julio César tronó la estatua que representaba por antonomasia su victoria. En el sitio donde los funerales del jefe de su familia fueron, le alzó un santuario, y este santuario suspendió los despojos del Egipto. Una compañía de actores niños representó la toma de Troya. Un viejo senador, Vintelio, peleó en la ferviente arena con los envilecidos gladiadores. A los muchos animales exóticos llevados por César del Oriente á Roma, Octavio unió el hipopótamo y el rinoceronte. Suevos y dacios, desconocidos hasta entonces, se mataron unos á otros en el circo para divertimento de aquellos envilecidos esclavos. El ejército recibió mercedes á manos llenas. Agripa, vencedor en Accio, pudo llevar ante sí una bandera de color azul claro, como las ondas en que había vencido. Las larguezas y locuras de Cleopatra dejaron al dictador en Alejandría tales barras de plata y oro, que pudo enriquecer á la milicia y á la plebe. Cada veterano recibió mil sestercios, y se contaban cerca de ciento veinte mil, según atestigua Dión Casio. Cada ciudadano de Roma tuvo cuatrocientos, y no fueron excluidos ni los muchachos. El saco de Alejandría dió para todo. Sus templos, en realidad bancos y depósitos proveyeron al dictador de tal copia en verdadero numerario, que bajó el precio de la moneda y subió el precio de todas las cosas. Pero nada enloquece tanto los ánimos y deslumbra tanto los ojos como un manantial aurífero llevado á cualquier pueblo por los descubrimientos ó por las conquistas. La crédula multitud imaginó á Octavio sumando con los bienes de la paz universal otros bienes tan difíciles como los de la universal riqueza. Así